

Gregorio IX se alarmó profundamente al saber la esencia de estas doctrinas y su terrible alcance. Inmediatamente encargó á varios prelados su adquisición y su examen. E inmediatamente que los prelados las adquirieron y examinaron, halláronse frente á frente de varios nobles y lores ingleses pagados de una doctrina, cuyos principios primeros tanto restringían la autoridad eclesiástica y aumentaban la autoridad civil. Pero colocados los Obispos de la Iglesia Católica por su ministerio dentro de la disciplina y del dogma, no podían materialmente absolverlo. Y á fin de condenarlo sin herirlo, entrando en pugna con la índole bárbara del tiempo, arbitraron como único castigo posible la imposición material un silencio forzoso. El Duque de Lancaster protegía á la persona de Wiclef y el Obispo de Londres la condenaba. Esta posición contraria y la contradictoria, trájoles á las manos en tales términos, que las disputas degeneraran en combates, si el pueblo no interviniese á favor del prelado y ahuyentara á su enemigo. El reformador se resignó por largo tiempo al silencio y el silencio le trajo con sus misterios tantos devotos como hubiera podido traerle la palabra misma con sus estallidos. Viéndose de esta suerte animado por el favor, comenzó á departir con sus discípulos cada día más numerosos, y á predicar contra el poder temporal de la Iglesia y contra el goce de los bienes eclesiásticos cada día mayores y más gravosos. Para confundir á los Obispos vestidos de ricas telas recamadas de oro y coronados de tiaras cuajadas de perlas, vestían los sectarios de Wiclef toscos sayales y andaban con los pies desnudos y las cabezas descubiertas, predicando un reino espiritual de Dios en abierta pugna con el materialismo eclesiástico. A pesar del odio de sus enemigos que le llamaban órgano del diablo, ídolo del hereje, espejo del hipócrita, causa del cisma, fábrica de la mentira, Wiclef murió quince años antes de que acabara el siglo décimo-cuarto, en su curato, circuido de sus amigos y con la serena tranquilidad del justo. Gérmenes indudables de la revolución existían desde luengos tiempos en aquella Inglaterra tan dispuesta á la libertad, cuando la desaparición del jefe de la secta no dispersó de ninguna suerte á los sectarios. Aún no habían pasado ni dos años siquiera de la muerte de Wiclef, y sus discípulos pululaban por todas partes y apercibían las conciencias á un cambio religioso. El número de adeptos de la nueva doctrina en tales proporciones aumentaba, que eligieron sus propios sacerdotes y fundaron y organizaron sus respectivas iglesias, donde los laicos mismos concedían la absolución de los pecados, y consagraban el pan y el vino de la Eucaristía, para que todos los fieles pudieran indistintamente recibirlos. Cinco años antes de que el siglo décimo-cuarto finara, dirigían peticiones al Parlamento, demandándole á una la abolición del celibato de los clérigos, el anatema sobre los dogmas de la transustanciación, la condena absoluta de los exorcismos, que suponen una magia eclesiástica, y de la bendición de las aguas que suponen espíritus inmundos en este claro elemento, y de las oraciones por los muertos que suponen la existencia del Purgatorio, y de las peregrinaciones y ofrendas que enriquecen y vician al clero, y de la confesión auri-

cular que entrega la vida y el alma á quien no puede, no, en manera alguna comprenderlas. Al ruido de estas peticiones elevadas al Poder Parlamentario, que no tenía ninguna jurisdicción eclesiástica, los prelados de York y de Londres recurrieron también á las Cámaras y demandaron su auxilio contra la difusión de semejantes doctrinas.

A principios del siglo décimo-quinto decretóse una inquisitoria de los principios y del número de los sectarios merced á maniobras eclesiásticas. Poca firmeza debieron tener en sus sentimientos y poca publicidad debieron dar á sus actos, cuando tras de pesquissas continuas sólo quemaron á un sacerdote de la doctrina de Wiclef, en donde tantos y tantos se hallaban esparcidos y diseminados por todas partes. Pero, hacia el año de 1413 crecieron en tales proporciones que grabaron terribles amenazas en las puertas de las Iglesias de Londres, contra todos cuantos no pertenecieran á su secta. Provenía semejante audacia de la protección que les dispensaba uno de estos ricos propietarios ingleses, tan poderosos cuando se asientan bajo su solio en la Cámara de los Lores y se levantan sobre sus inmensos terrenos como el Rey en su trono. Y no parecerá, pues, extraño, que la misma monarquía británica guardara consideración á los herejes, parapetados tras el escudo de la propiedad territorial. Así las autoridades civiles agotaron todos los medios de concordia antes de llegar á las determinaciones supremas de la fuerza. Tarde, muy tarde compareció el protector material de los discípulos de Wiclef ante la autoridad religiosa. Antes de hacerlo fortificóse en formidable castillo, y esperó allí, tras el seguro de las murallas, los rayos de la excomunión. Necesitó el Monarca intervenir y arrancar el águila feudal á su nido. En efecto, presentóse como un penitente quien combatiera y gobernara como un soberano. Los sacerdotes del sínodo le recibieron con horror y le condenaron sin apelación. Pero él salió de allí con las armas en la mano, y hubo necesidad de apelar á la guerra para vencerlo en campales batallas. Después de vencido él y los suyos, que con vida quedaran, fueron mandados á la hoguera y exterminados por el fuego. Pero las ideas no se exterminan. Conforme se iba acercando la hora suprema del estallido de la revolución, se iba reclusando más y más el clero en los viejos y empolvados formularios, y conteniendo su ciencia en la escolástica, su disciplina en los cánones tradicionales, su moral en esa especie de aristotelismo averiado, su arte en una imitación servil, su política en el absolutismo pontificio, mientras que los grandes pensadores consideraban el Universo como una catedral enorme preparada para recibir la libertad, y erigida sobre estas tres grandes bases, sobre el poder ó sea el Padre, sobre la bondad ó sea el Hijo, sobre la sabiduría ó sea el Espíritu-Santo, por lo cual tiene la seguridad el alma llamada al infierno por los placeres, y adscrita por las cadenas del organismo á la tierra, de volar, si llama á Dios con fe, en alas de la virtud y de la oración, á desposarse en la bienaventuranza, es decir, en nupcias castas, espirituales y eternas, con su esposo celestial. ¡Quién había de decir que doctrinas predicadas en Inglaterra iban prontamente á surgir en Bohemia! Muchas controversias han

los filósofos empeñado sobre la transmisión de esas ideas desde el fondo de Inglaterra á las mesetas centrales de Europa. Unos dicen que cierto estudiante de Bohemia llevó las doctrinas wicelistas de Osford á Praga. Otros dicen que un alemán las recogió en Inglaterra. Otros que eminentes doctores de la región eslava se convinieron y concordaron por cartas con el gran reformador de la región sajona. Sea de esto lo que quiera, como las brisas alísias que soplan de regiones misteriosas, como el polen de la flor que arrastran los huracanos del desierto, como el rayo de la lejana estrella que hiere al través de los espacios nuestra humilde y oscura retina envuelta en las sombras del planeta, las ideas misteriosamente llegan hasta el fondo de la humana conciencia, y se esparcen por milagrosas revelaciones desde un territorio á otro territorio, desde una generación á otra generación, desde un pueblo á otro pueblo. Resulta, para escarmiento de los perseguidores de ideas, el que aún no había concluido la persecución de los apóstoles ingleses cuando ya se levantaban en el horizonte, recogiendo los residuos de sus hogueras y las reliquias de sus doctrinas, los apóstoles eslavos. Juan Huss, cura de Bethen y confesor de la Reina Sofía de Baviera comenzó la predicación de la nueva doctrina. Hacia el año de 1409, en que tomara esta iniciativa, los alemanes empezaron á dejar aquella tierra á merced de los eslavos, que por razón de este suceso tienen á Juan Huss por el fundador de su nacionalidad religiosa y política. Inmediatamente después de este éxodo de los germanos, Juan Huss organizó la Universidad de Praga por el modelo de la Universidad de París y se declaró su rector. Triste de aspecto, modestísimo; de natural austero en sus costumbres, dado al culto de las ideas, adscrito á la soledad, encerrado en sí mismo, pero comunicativo aunque benévolo con todas las gentes, el sacerdote de Praga parecía nacido y llamado á la pública profesión de las ideas. Viendo los clérigos católicos el peligro que corría la ortodoxia, por haberse conjurado en contra suya tanto saber y tanta virtud, iniciaron una guerra implacable, la cual comenzó por quemar públicamente los escritos de Wicel y por proscribir de la ciudad de Praga á su discípulo Juan Huss. Este, lanzado de las ciudades, se encontró en los campos, y como Cristo en el desierto, comenzó á usar la soledad para comunicarse con la humana conciencia. Allí predicó libremente y pudo extender su doctrina. Tenía Juan Huss por discípulo á Jerónimo de Praga y ambos á dos llevaban sus doctrinas y la difusión de sus doctrinas á exageraciones increíbles. Baste decir que como el Papa Juan XXII publicara sacra bula contra el Rey de Nápoles Ladislao, la llamó Jerónimo de Praga decreto del Anticristo ó hizo que para ridiculizarla y conspirarla se la pusieran sobre el pecho las prostitutas de la ciudad y la mostraran, pendiente de esa ara indigna, por las calles y por las plazas; precediéndolas un joven, el cual, vestido de cortesana antigua, fingía representar la Iglesia Católica: grotesco espectáculo, que prohibido por el Ayuntamiento ó Senado, llegó á ocasionar terrible batalla en la cual perecieron innumerables gentes. Juan Huss nació en la servidumbre y se emancipó en virtud de la elocuencia y del

genio. Lo triste de su origen debía sellar con sello indeleble el fondo de su alma y hacerle el defensor de los oprimidos y de los desgraciados. Así toda su doctrina tiene el espíritu revolucionario con que las clases opresas contestan al despotismo de las clases opresoras. No manifestaron ni su doctrina ni su vida la corrección clásica, la profundidad política, la pureza de ideas y la pureza de procedimientos que admiramos en Jerónimo de Savonarola, ciudadano y discípulo de aquellas ciudades italianas, donde la democracia arraigaba, no sólo como un derecho, sino también como una tradición, gracias al lustre, á la libertad, al saber de aquellas antiguas y gloriosísimas Repúblicas. Cuando vemos á Juan Huss y á los hussitas, vemos una revolución y una revolución violentísima. Los cielos se enrojecen al culebreo de los relámpagos sangrientos; los aires se cargan con las vibraciones de la campana que toca á rebato, del tambor que despierta al guerrero, del mosquete que truena, del muro que cae; porque el movimiento hussita representa la indignación de toda una raza en armas y las explosiones del espíritu de un pueblo poseído de ciega pasión por su libertad y por su fe. Ninguno de los hechos anteriores representa con tal fidelidad la revolución que arde en la conciencia humana. Los reformadores y los herejes de los pueblos heleno-latinos tienen ciertamente un fondo natural católico que les hace reconciliables con la Iglesia y un amor á la Roma antigua ó á la antigua Atenas que les lleva como de la mano, á conservar la tradición. Pero estos pueblos eslavos, ó sean, los últimos venidos en las irrupciones bárbaras, ligeros como los pueblos más meridionales, feroces como los pueblos más del Norte, no conocen á Roma sino por el odio de antiguo aprendido en la salvaje cuna de sus desoladas estepas. Así el movimiento hussita representa y significa una violentísima, si bien prematura revolución, semejante á ese relampagueo continuo de nuestras noches de estío el cual anuncia la tempestad antes de que haya nube ninguna en los horizontes.

La herejía de Huss carece de originalidad y toma todos sus principios de la herejía de Wicel. Pero la Iglesia, que había perseguido á éste en Inglaterra, no podía dejar libre á aquél en Bohemia. El arzobispo Abicus dirigía esta persecución. Físico, más que teólogo, vendedor de drogas y de indulgencias, boticario perfecto de su Sede Primada; tan avaro, que vendía en el mercado las ofrendas de los fieles, y tan glotón, que llevaba entre sus arreos episcopales, junto al báculo y la cruz y la mitra, las llaves de la bodega y de la despensa; su imbecilidad era ya una provocación. Juan Huss, cansado de luchar con este hombre incapaz de comprenderle, vió el cielo abierto cuando se reuniera el Concilio de Constancia, y decidió presentar en aquella Asamblea augusta para controvertirla y dilucidar sus principios. Mal conocía el infeliz á su sociedad y á su tiempo. No, no imaginaban entonces los hombres que las ideas se combaten con ideas, y que un cetro, una espada, el brazo secular, la mano del verdugo, no llegarán jamás á donde no llegue la fuerza de un argumento. Creíase generalmente que para desarraigar una creencia bastaba con estirpar á un

apóstol. Indudablemente algo comprendió de esto Juan Huss cuando pidiera salvoconducto seguro al pedante Emperador Segismundo, aquel sacristán de los concilios, que, después de haber ayudado á misa al Papa, como el último de los monaguillos, se creía ser un Teodosio ó un Carlo-Magno. Sacerdote que llevaba su palabra de honor como un escudo, y que á mayor abundamiento, tenía claro salvoconducto emanado de la autoridad imperial debía aparecer á los ojos de todas las potestades de la tierra con igual inviolabilidad á la del César, á quien debía su seguro, y en quien libraba su confianza. Pero Juan Huss tenía muchos enemigos: en primer lugar á aquel pirata con tiara, á quien llamaban Juan XXIII, y que aborrecía, no solamente la doctrina, sino la virtud del animoso revolucionario; en segundo lugar, á los padres más reformadores del Concilio; á los más opuestos á la tiranía pontificia como el venerable Gerson y Pedro de Ailly, que detestaban la tendencia democrática de Huss porque querían la salud de la Iglesia por medio de la conciliación y de la concordia; en tercer lugar, á la ignara multitud que compone el núcleo de todas las Asambleas, y que no se detenía ni á reflexionar ni á discutir, odiando instintivamente á Juan Huss, con el odio salvaje de la superstición y de la intolerancia. Así, á pesar del seguro y del salvoconducto, no bien llegó á Constanza, lo recluyeron en obscuro é infecto calabozo. A las orillas del Rhin, bajo el lago, donde las tinieblas se espesaban de tal suerte que no podía leer ni escribir, circuido de una atmósfera emponzoñada por la proximidad de infectas cloacas, expuesto á morir por la fiebre que en sus venas engendraba la sobra de humedad y la falta de aire, atenaceado el corazón, no sólo por los propios dolores, sino por los ecos de las orgías y de las fiestas conciliares que llegan hasta aquel abismo, potro y tormento de una libre conciencia. Mientras el proceso de Juan Huss corría sus trámites necesarios, un discípulo suyo, un esclavo, cuyo nombre era Mies, alzóse predicando que el pueblo debía participar, no sólo de la hostia, sino también del cáliz; recibir, no sólo el Cuerpo de Cristo, contenido en el pan, sino también la Sangre, contenida en el vino, y reservada solamente á los sacerdotes. Así, así comienzan las democracias. Esta comunión, á primera vista, pura y simplemente eclesiástica, albor era, comienzo, iniciación de otra más tangible y más práctica, en las ideas del derecho. Al sentir los laicos derramarse por sus venas la Sangre del Salvador, sentían derramarse por sus almas el principio divino de la igualdad social. Este principio necesitaba mártires, y los tuvo, y se llamaron Juan Huss y Jerónimo de Praga. Escapado y fugitivo el Papa, quedó la Asamblea conciliar á merced del Emperador. Y si éste fuera capaz de sentir asomo de conciencia en su mente y asomo de vergüenza en su rostro, aprovechara la ocasión de devolver su libertad á Juan Huss. Pero no, cegada del fanatismo religioso aquella su débil inteligencia, después de quemar las peticiones del pueblo y de la aristocracia de Praga demandando la libertad del apóstol, reúne el Concilio y le conjura al castigo. En efecto, las puertas de Constanza presencian un terrible espectáculo. Inmensa hoguera está aparejada para abrasar á un hombre; este

hombre ha sido despojado de sus vestiduras y de sus dignidades eclesiásticas en presencia del Emperador, el cual acababa de empeñar una ciudad para presentarse con más lujo en aquella lúgubre ceremonia. Despojado el apóstol de su ministerio y de su traje, es conducido al terrible brasero para que se convierta en mártir, eternamente compadecido de todas las generaciones, y eternamente loado en todas las historias. Juan Huss sube al cadalso, y en el momento de subir ve á un campesino, de aquellos por cuya libertad moría, llevar un haz de leña á la hoguera. «¡Oh, santa estupidez!» grita con terrible ironía. Y como las llamas le circundaran y le consumieran, sobre su terrible fragor levanta el cántico religioso, que prueba cómo el alma se desciñe por la inspiración del cuerpo y vuela al cielo burlándose del despotismo y del tormento de los hombres. Las llamas lo devoran, y sus cenizas se aventan. Aquel corazón consagrado á la humanidad entera, herido por el amor á las nuevas ideas, es taladrado de un clavo y puesto á asar en las brasas como un tosco trozo de carne. Bajo la hoguera ponen sus enemigos un buey podrido, que exhala hedor horrible, para hacer creer á las gentes en la corrupción y en la podredumbre del consumido cuerpo. A los pocos días le sucede en el suplicio su propio discípulo Jerónimo de Praga. Más elocuente, más inspirado, más sabio, que el maestro, el terror le sobrecogió, hasta el punto de haber una vez suspendido la fuerza de su carácter, obligándole á perpetrar una retractación. Mas, rehecho y repuesto, proclamó en voz alta su doctrina y aceptó con exaltación su martirio; primero, por dar testimonio público de su fe, y después, por reunirse en otro mundo con su adorado maestro. Los padres del Concilio se asombraron de su serenidad ante las amenazas, de su estoica indiferencia en el dolor; de su menosprecio á la vida, de su sublime abnegación en la muerte, de las ideas que vertía cuando ya tocaba en la Eternidad, del cántico de triunfo exhalado por los labios cuando ya le rodeaban y consumían las llamas. Con Catón le compararon, y había entre él y Catón una diferencia: la de que éste espiraba por un recuerdo y una tradición de lo pasado, y aquél por un ideal y por una esperanza de lo porvenir.

Bien pronto fueron vengados. Los dos mártires no hicieron más que orar en el día de su desolación y de su muerte, y como si hubieran maldecido, á guisa de los antiguos profetas, suscitaron tras de sí un guerrero, el cual tenía mucho del genio exterminador de los Alaricos y de los Atilas. El horror difundido por la traición hecha á los revolucionarios, la pena causada por su horrendo martirio, la cólera nacional de la infeliz Bohemia se reunieron en un solo hombre, que se llamaba Juan de Ziska. La guerra lo engendró y lo devoró la guerra. Bajo una de aquellas encinas ahumadas por el fuego de los sacrificios, y cuyas hojas destilaban humana sangre, nació como los guerreros bárbaros engendrados en los carros de guerra, y expiró entre las ráfagas de huracanes cargados de lágrimas y sangre como los dioses de la mitología escandinava que presiden al saqueo, al incendio, á la violación, á la matanza, al exterminio. Puede decirse sin exageración política y sin hipérbole